

Pueblo con la nobleza por costumbre,
con la mirada puesta en tu poesía,
con tus versos ungiéndole la frente.

Con tus versos, poeta de mi gente,
lloro mi amor en Guadalupe. Y digo
que el alma de mi padre está conmigo
porque tú me la das hermosamente.

Se me queda mirando frente a frente,
con el cielo y tu verso por testigo:
¡ya no puedo decir padre y amigo
sin llorar por tu libro largamente!

Pero me trae su nombre una campana
de las que ven la luz cada mañana,
gozosa y —sin embargo— prisionera.

Suena a salmodia, suena a alma dormida,
suena a río que corre por mi vida
y canta en Guadalupe a primavera.

Tú me haces cantar. Y tú das prisa
a los múltiples vientos de mi rosa,
henchiéndose de vida rumorosa,
abriéndose como una gran sonrisa;

como una sola pena, asceta y lisa,
como una carne prieta y amorosa,
como una enorme y aplastante losa,
como una lenta y leve y breve brisa.

Cierro tu Memorial en cruz... No puedo
soportar, sin morir, tanta belleza,
toro clavado en la mitad del ruedo.

Tu tierra con tu voz se despereza.
Mi alma se cobija en ti. Y reza.
Pero no puedo más... ¡Llorando quedo!

De todo corazón,
Nicolás SANCHEZ PRIETO

Artistas de la tierra parda

Evocación del pintor JUAN CALDERA

por Valeriano GUTIERREZ MACIAS



UNA de las figuras de relieve, de las personalidades señeras de las artes plásticas en Cáceres en los últimos tiempos ha sido Juan Caldera Rebolledo.

El famoso y afable pintor cacereño vio la luz primera en la ciudad de los Caballeros al finalizar la pasada centuria en 1897 y se extinguió su existencia en 1946.

Dotado de una fuerte inclinación y de una poderosa y robusta vocación por los derroteros artísticos desde la más tierna infancia, el primer maestro de Juan Caldera fue el profesor y eximio pintor don Gustavo Hurtado Muro, hijo del patriarca de las letras extremeñas don Publio Hurtado.

Juan Caldera estudió, completó y adquirió su principal formación artística en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, ya que su progenitor, que vio en el hijo excelentes cualidades artísticas, no escatimó esfuerzo de clase alguna para lograr con plenitud el desarrollo de su personalidad artística.

Caldera fue discípulo particular de Enrique Simonet, pintor que se consagró a asuntos de género religioso y obtuvo Primera Medalla en la Roma eterna, cuna de la cristiandad y del arte.

Finalizado sus estudios y ya en posesión del título de profesor de Dibujo, Caldera regresó a Cáceres y se afincó definitivamente en su Cáceres querido. En la capital de la Alta Extremadura residió toda su vida; llevó a cabo su mensaje artístico con una dedicación gozosa y entregó su alma a Dios.

Era profesor de Dibujo del Instituto Nacional de Enseñanza Media "El Brocense", del Colegio de San Francisco, dependiente de la Diputación Provincial y de Dibujo Artístico en la Escuela Elemental de Trabajo, hoy de Maestría Industrial. No es posible omitir que su magisterio alcanzó al desaparecido Ateneo de Cáceres que tanto supone en el desa-

rollo de la vida artística y cultural de la Ciudad, durante el tiempo que tuvo de existencia.

En todos estos centros y con sus innegables condiciones didácticas, fomentó Caldera no pocas vocaciones artísticas.

Profesor de Dibujo de tantos Centros y pintor de tantos méritos, Caldera fue querido y admirado por los cacereños.

Bien puede decirse que Caldera —en su entrega fervorosa a la enseñanza, a la decencia— formó muchas generaciones de cacereños que recuerdan admirativamente al malogrado maestro.

Caldera concurrió a diversas exposiciones. En la Nacional de 1929 que se celebró en Sevilla, fue premiado por su notabilísimo cuadro "Mercado en Plasencia", un gran lienzo, no sólo por su tamaño, sino por su valor de composición y agrupación de las figuras y colorido.

Nuestro inolvidable maestro, el profesor e investigador don Miguel A. Orti Belmonte, natural de la ciudad de los califas, donde duerme el sueño eterno, dijo que hubiera obtenido Primera Medalla de firmarla un pintor consagrado y no Juan Caldera, pues también tienen los artistas que subir sus categorías en el escalafón del arte. El cuadro —que adquirió la Diputación Provincial y exhibe con orgullo en su palacio —la casa de la Alta Extremadura— por ser obra de la paleta del artista esclarecido de la tierra parda— está acabado y armoniosos los valores cromáticos creados por la luz, vibran los rayos del sol en los ojos de las vendedoras, el realismo es grande en todas las figuras que se destacan por conocer el pintor el valor exacto de la luz y del color, aumentando la ilusión del espacio y armonizando la composición, que forma un todo completo.

En la exposición Ibero-americana de Sevilla, Pabellón de Extremadura y por su trabajo de pintura y de dibujo conquistó una preciada recompensa.

Juan Caldera, cacereño de naciencia y vocación, era lo que se dice un enamorado de Cáceres. De aquí la explicación de que sus lienzos sean escenas cacereñas. Captó del natural y lo elevó a obra de categoría singular. Sus lienzos, muy completos, tienen la luz de Extremadura.

La obra de Juan Caldera está muy repartida entre sus familiares y los coleccionistas. También pueden admirarse algunos lienzos en los museos cacereños.

Su arte se distingue por la corrección y finura y delicadeza del dibujo, el dominio y la amplitud de la pincelada y la justeza del colorido.

Juan Caldera Rebolledo murió en plena madurez y producción, en una edad en que aún no había dado toda la medida de su talento



Uno de los más representativos cuadros de Juan Caldera

pictórico, cuando más cabía esperar de su temperamento inquieto y exigente, de su cultivo afanoso y de su deseo de dar brillo y gloria a Extremadura, que llevaba tan dentro y a la que se había dedicado por entero con la impronta de su magnífico pincel.

Su desaparición fue una gran pérdida para el arte y para Extremadura, a la que amaba entrañablemente y en la que buscó siempre los caminos de su entrega estética.

Era muy colorista. Le gustaba mucho la luz.

Los tipos extremeños —y nada digamos los montehermoseños— los interpretó magistralmente.

Juan Caldera acertó a captar los muchos encantos de la mujer extremeña en obras de imperecedero valor, tal como el cuadro "El regalo del cortijo". Otro que llama mucho la atención es el denominado "La huevera", que figura en el Museo de Cáceres, Secciones de Arqueología y Etnografía, instalado en el histórico Palacio de las Veletas, hoy debidamente restaurado y remozado.

Cultivó, asimismo, el tema venatorio, pues era un verdadero aficionado a la caza como típico y castúo extremeño y como buen devoto de San Ruperto.

Pintor impresionista, era una gran impresionista y sus cuadros muy agradables.

El tema fundamental que aparece en los cuadros de Caldera, es éste: el ambiente y los tipos de Extremadura, particularmente de su parte alta que trasciende en todos los detalles.

Formó en la cacereña Escuela de Bellas Artes alumnos que se distinguieron en seguida, como Joaquín Muncio, prontamente fallecido, pero anunciando ya su valía, Indalecio Hernández Vallejo, Juan José Narbón y Victoriano Martínez Terrón, que hartó acreditan el dominio del pincel. Todos han alcanzado justo renombre en el anchuroso y difícil campo de las artes plásticas.

Caldera —nos dice Narbón— era genial en la clase. Hablaba, dialogaba con los alumnos, adelantándose a muchos profesores con sus ideas modernas y después alternaba con ellos con la mayor naturalidad en la vida social y ciudadana. Paseaban de su mano amiga que le orientaba en todo. Traslataba su cultura y sus vastos conocimientos a los alumnos. Hombre sencillo, humilde, de singular talento, derrochaba afluencia.

De Caldera hicieron cálidos elogios los maestros extremeños de la pintura Eugenio Hermoso y Conrado Sánchez Varona.

La pena es que el pintor de la tierra parda falleció muy pronto y no pudo realizar más su obra que queda como ejemplo para los actuales cultivadores de la pintura.

El fino poeta badajocense Manuel Monterrey le incluyó en sus medallones con el soneto que transcribimos a continuación:

Se apagó aquella luz que en él ardía
para ver de su pueblo los primeros,
mas en lienzos dejó sus resplandores
y la intensa emoción de la poesía.

Sintió su alma la sutil belleza
que tienen los vetustos edificios
donde persisten vivos los indicios
de un pasado de espléndida grandeza.

El artista gozaba aquél encanto
de la noble ciudad, ¡la amaba tanto!

Era la madre que meció su cuna

Y sus rincones los copiaban fieles
maravillosamente sus pinceles
con luz de sol y claridad de luna.

La ciudad de Cáceres no debe olvidar a su eximio pintor Juan Caldera y estimamos que le honrará como se merece.

El que esto escribe cuando tuvo el honor de representar a la ciudad extremeña como Primer Teniente de Alcalde, le enalteció en los actos de dedicación de la calle que lleva su nombre y en la Exposición de Artistas cacereños que fue un acontecimiento artístico en los anales de la población.

En este trabajo le hemos dedicado un recuerdo y homenaje.



ORILLAS

Y así pasé la orilla.

Toda la vida, orillas.

Puentes, con la mochila

a cuestras. La cuesta brilla

al sol. Otra deriva

ya. Cientos de huidas.

Allá la orilla,

acá otra orilla

más. La vida.

Orillas.

Miguel SERRANO